

menos que ninguna otra, reducirse a una mera percepción óptica de la amplitud, sino que es, ante todo, una vivencia dinámica. El alma vive el espacio como actividad volitiva, como apetencia de dominio, como afán de captar lejanías. No importa que muchas veces la tendencia quede sofrenada sin llegar a su realización: tanto mayor será su potencia dinámica interior. No es casual que en el psicodiagnóstico de *Rorschach* los hombres de motilidad menos rica, de más contenido gesto, de menos relación extensiva con el ambiente, los introvertidos esquizoides, den el mayor número de respuestas de movimiento. Pero ese afán de dominio es una tendencia que habría de realizarse necesariamente en el tiempo; así—dice con razón *Spengler*—el horizonte se convierte en futuro, en historia. De este modo la tercera dimensión resulta idéntica al espacio vivido. Toda espacialidad real es creada por la experiencia íntima de la profundidad y la lejanía. La dimensión fundamental del espacio es la que va del yo a la lejanía, al allí, al futuro. Es la experiencia íntima de la profundidad la que dilata la mera sensación y la convierte en mundo. La vida—termina—por su carácter de dirección es irrevocable, por eso la profundidad del mundo hay que sentirla no desde el horizonte al yo, sino desde el yo al horizonte.

Tal interpretación del espacio como «espacio vivido» ha penetrado cada vez más en la psicología actual. En su primera lección de cátedra qua le oímos en Valencia, *Alberca* hizo, justamente, un magnífico estudio de tema tan candente. Frente al espacio objetivo la intuición del espacio, el espacio intuido. Así como el tiempo vivido—primitivo—va a fundirse con motivos de fuera para ser medido, la intuición del espacio va a llenarse de cosas. Y él recordaba cómo *Minkowski* haciendo pie en el concepto bergsoniano de la duración trata de apejar el espacio vivido de la capa alta intelectual para situarlo a la misma hondura del tiempo vivido, al nivel de la

